

La calle para el jueves 10 de abril de 2008
Diario de un espectador
Quemar las naves
por miguel ángel granados chapa

Eugenia es una antigua cantante (una 'vedete' la llama con desprecio una envidiosa dama de sociedad) que ha llegado con sus hijos Helena y Sebastián a Zacatecas. Padece una dolorosa agonía en que la asisten, con pasmo y devoción, la sirvienta Chayo y con eficacia y amor su hija. De tanto en tanto, aunque no parece interesada en seguir los pasos de sus madre, Helena revisa el guardarropa de la artista y elige alguna prenda que Eugenia ya no puede usar y ataviada con ella sigue el disco con la obra que identifica la carrera de la madre. Se trata de una canción que en la realidad fue escrita por Julieta Venegas. Se titula Mi principio y su breve contenido sintetiza de alguna manera uno de los pilares de la historia:

“Un día me voy a ir/ y no volveré jamás; / prefiero la soledad (que vivir sin mi verdad./ Un día me voy a ir,/ seguro me extrañarás/ como el ave de ciudad/ que se va buscando el mar./ Porque al final,/ aunque sea feliz aquí,/ debo emigrar/ a un lugar lejos de ti./ No me entiendas mal/ que no es cosa de los dos/ parece el final,/ pero es mi principio”.

En la vieja casa donde viven los cuatro todos parecen estar de paso, especialmente la madre, que pronto morirá y con su ausencia desencadenará las definiciones que a sus hijos les hacen falta. Helena, enclaustrada en el viejo inmueble, dedica las horas en que no atiende las dolencias de su madre a estudiar inglés, porque su ideal es viajar, y si es a Canadá mejor. En las pocas notas de color y luz en esa casa, los carteles turísticos que denotan su interés adornan el muro de su cuarto, como el de Sebastián adornado con dibujos de su autoría.

Helena es seca y autoritaria. Sebastián, menor que ella, no se encuentra a sí mismo, ni en casa ni en la escuela, un llamativo establecimiento que parece una escuela pública porque es mixto pero es administrada por hermanos y hermanas de una orden religiosa. Sebastián es parte, no muy de su grado, de una banda encabezada por Ismael, su rico pariente que acude a clases mientras lo esperan guaruras en la calle. Al salón en que son alumnos Sebastián e Ismael llega extemporáneamente Juan, una presencia cuya libertad atrae a desubicado hermano de Helena, ávido de muestras de cariño, que transita rápidamente de una amistad reverencial al nuevo alumno hasta enamorarse de él, como veremos que hace con toda persona, incluida su hermana, que le hace un guiño en su soledad.

La homosexualidad y el inminente incesto están contados con claridad, sin remilgos, pero el director, Francisco Franco, no se solaza en esos momentos, sino que los inserta en el cuadro de la vida provinciana en que los huérfanos de Eugenia se ven forzados por la vida a quemar sus naves, es decir a tomar decisiones sin la posibilidad de arrepentimiento, tal como hizo Cortés en la conquista, tras rebelarse contra el gobernador de Cuba Diego Velásquez (según se las arregla para hacémoslo saber el cinerealizador).

El papel de Helena, a cargo de Irene Azuela, le permite mostrar una personalidad recia, que no se arredra y que es capaz de valerse por sí misma hasta el punto de aislarse en una casa que se cae a pedazos y luego tomar la decisión de venderla, para cerrar con esa operación el pasado que la ata a su hermano del que ella quiere alejarse.

Francisco Franco consiguió en su primera película que alternaran muchachos que se inician, o casi, en el arte cinematográfico, con estrellas de gran alcurnia como Diana Bracho, a quien él había dirigido en la comedia Master class. Y es que Franco había hecho una carrera en el teatro, antes de sucumbir a la fuerte tentación de dirigir cine. Su paso inicial lo muestra seguro de sí mismo, hasta para elegir la técnica de filmación, el cine digital, señal de la modernidad que despliega en su argumento.